

elementos de producción crítica  
narración

## ... dejándome el alma herida Iris M. Zavala\*

### 1.

¿El silencio... de los corderos? No, el silencio de lo siniestro, tu silencio. Silencio que humedecía el aire. No era aquel silencio parte fundamental y única generadora de toda creación musical. Era un silencio más denso que el del bosque. Un silencio que se elevaba hacia el cielo y se balanceaba contra las estrellas como un enorme árbol viejo sacudido por el viento. Manejar el silencio es más difícil que manejar la palabra. Hay algo amenazante en un silencio demasiado grande; muerte en vida para quien lo sufre. Me lo hacías morder, como un perro rabioso. Con el tiempo comprendí que como todo silencio el tuyo no era pérdida, sino la huella, la plástica, la cuarta dimensión de la palabra, del lenguaje; la prueba más contundente de que es imposible callar el lenguaje. Silencio e impasividad: no decir nada, no hacer nada, no moverse. Vivía un amor de umbral.

La homeostasis. El placer de la quietud total más allá del principio del placer: la muerte. Contigo está vinculado con lo inmóvil. ¿Qué sentías? Tardé en comprender que era la única salida, propia de quien se sabe presa en los brazos de la muerte —ahora lo sé. Callabas, el silencio era espectral, como una pulsión que no se puede controlar. Me arrojabas del lenguaje, y ahora el silencio era la muerte. El silencio pesaba, no se escuchaba nada, ni tu respiración: era un silencio que se deslizaba por sótanos húmedos. El silencio, afirma Bataille, es la expresión de la violencia, descarga de lo abyecto.



Deseo de no desear, parecía el obsesivo silencio de la selva. Allí surgió lo siniestro: tu rostro no era el tuyo, se convirtió en el de un tigre que acechaba cautelosamente. Tus ojos brillaban en la oscuridad, amarillos, amenazantes, de silencio aterrador, que por un tiempo creí que jamás volvería a ser quebrantado porque no encontraba la palabra para nombrar aquello que pudiera atravesar el vacío. Me anegaba la sensación de que no era posible que floreciera la palabra. Tú las recortabas; las cercabas, las limitabas y las traicionabas poniéndoles su sentido más estrecho. Yo iba a tientas hacia el lenguaje, que se crispa, se exaspera, que se mendiga con la punta de los dedos. Me robabas el lenguaje; me quedé sin palabras, muda, silente. Me sentí perdida en un mundo tan real como inverosímil; el silencio de Alex era como un sujeto intraducible a las lenguas que conocía... *extendida la*

*piel de su silencio.* Ahora no amabas, poseías. Tu amor era un misterio. ¿Cómo ama quien no sabe amar? ¿Saber o querer? ¿Estar o ser? *La lengua / es justa...* como el poema de Aleixandre.

Nombrar, nombrarte, nombrarme. ¿Qué nombre tenías?, ¿cómo te nombraría? Si para mí todos los nombres eran síntesis de tu nombre: Alex. Dios nombra, y tú tenías una chispa que encendía o ensombrecía el mundo, Alex. Agnóstica del amor, eso te describía, no te nombraba. Recordé a Sócrates: “¿cuál será el más

\* “...dejándome el alma herida” es el tercer capítulo de la última novela de Iris M. Zavala, *Percanta que me amuraste* (Ed. Montesinos, Barcelona, 2007); cedido por la autora, como primicia, a *Youkali*, antes de ser presentada, el día diecisiete de este mismo mes de mayo, en Barcelona.

*bello y claro conocimiento: conocer a partir de la imagen si ella misma tiene un cierto parecido con la realidad de la que sería imagen, o partiendo de la realidad, conocer la realidad misma y si su imagen está convenientemente lograda?" Pero, conocerte no era nombrarte; "hay que conocer y buscar los seres en sí mismos más que a partir de los nombres".*

Para ti la existencia de Eros era desconocida, y por lo mismo carecía de importancia. Eras incisiva, sapiente, concisa... y todo se agudizó con el tiempo, leías y escuchabas con un cuchillo afilado. Como todo dios estabas marcada por la violencia. Eras la burbuja del nombre propio. Te gustaban las palabras para dañar, herir, atormentar, atacar, acosar, recortabas, limitabas su significado. Eras como un dios: nombrabas, y me diste un nombre que solo tú sabías; el poder de los dioses es saber lo que tú no sabes, lo que el mito aclara con el tiempo y el lenguaje destruye. Yo me mantenía firme en mi amor, no quería ver que el tuyo se iba adelgazando, esfumando. Unas veces era tuya, otras del viento.

Pasaron los años, como el tango, pasó mucho tiempo, y el silencio estalló, y fue el único huésped de nuestra casa. Yo creía que con el tiempo se matizaría, y el registro sería más amplio y el tono más suave. Tenía miedo de que el amor envejeciera; que se extinguiera de un golpe, pero se pierde poco a poco, necesita tiempo. *Ah... ¿Son los años su peso o son su historia? / Lo que más cuesta es irse / despacio, aun con amor, sonriendo.*

Estaba en el lugar de hundimiento del límite, sobre y bajo el mar. Movimiento de supervivencia, condena a muerte, zozobra final, sobresalto arqueado, sofrenado. Aspiraba a una epifanía eterna y llegó el silencio, y el aburrimiento, esa falta de deseo; también el *spleen*, la *saudade*, el *là bas*... Rimbaud me corría por las venas. Era un *bateau ivre*.

## 2.

Sentí una extraña sensación antes desconocida; una falta, una ausencia: era el duelo. Y oí el canto de la sirena de Alexander Dargomizhsky, basado en un texto de Pushkin. Y me puse a escuchar en la música el silencio. Duelo por tu amor, sentía que era un soplo, pero continuaba llevada por una pasión, sostenida por ese vacío universal, vacío que va más allá del orificio de un agujero y más allá de la ausencia de tu presencia. El silencio se convirtió en un muro, un alambre de púas, y me mirabas y no me veías. Temblaba, vibraba. Finito. El juego terminó. Me di cuenta del poder del silencio. Pensaba que tu silencio era aburrimiento, no, silencio y poder. El silencio de la tortura, del asesinato, la violación, la muerte. Silencio y poder, silencio y violencia. Sí, era violencia.

Tú siempre estabas crispada. ¿De qué es capaz la palabra violenta? Un latigazo; y el amor para mí era hacer magia con las cartas de la vida, jugar con los dados que ruedan, recomponer lo roto, bajar al fondo del Hades para buscarte, y no te traicionaría, no miraría atrás. Sentí el repliegue de la semántica. No percibí entonces las voces que siempre me acompañan... yo en todo oigo voces. Sal de la página, háblame.

**Una imagen aparece con ceño dubitativo:** Alicia, mezclas tiempos.

**Escriba:** ¿Y qué?

**Autora:** La muerte proclama cada vez el final del amor en su totalidad única, por tanto irremplazable y por tanto infinita. Como si la repetición del final de un todo infinito siguiera siendo todavía posible.

**La imagen la miró sorprendida:** Sí, ¡tienes razón!

## 3.

No sé cuándo entró Iago. *No soy quien soy...* Otelo no, no, no era Otelo, la celosa era yo; sí, la celaba del tiempo, de no dármele todo a mí. "qué miedo", dijo una voz: "Iago y Otelo, suerte que en caricatura." Se oyó una risa irónica.

## 4.

Creía en su amor, pero este comenzó a mostrar sus hendiduras. Y comencé a rondar la pregunta sobre la verdad alrededor del agujero. Sofista... Alex era sofista, una retórica crispada, seducía con espejismos, lo vi con el tiempo. Ante el otro siempre sabía o simulaba saber de todo: astronomía, geometría, aritmética, fonética, música, pintura. Pero con los años me di cuenta de que no buscaba la verdad sino la apariencia, y el dominio de las palabras para ser capaz de persuadir a otros. El poder convertir en sólidos y fuertes los argumentos más débiles, y sellarlos en mi cuerpo; sabía ya que con las palabras se puede envenenar y cautivar. Me enamoró el dominio de razonamientos, el arte de la persuasión. Ya muy tarde supe que no estaba al servicio de la verdad. Y el tono de certeza... *Tú nunca puedes dudar...*; buscabas el conocimiento exacto de las cosas ¿por la erudición, tal vez? No sabía, cuando nos amamos con pasión, que nos distanciaba todo, que no mirábamos hacia el mismo lugar, aunque nos mirásemos a los ojos. Yo cedía.

Tu sonrisa era como una marca en mi cuerpo, una luz interior en mi mirada. Mi amor iba en retraso de tu mirada. Todo lo oculto debe ser desvelado... sobre todo aquel beso roto por un suspiro, un cante profundo del amor y el deseo. Deseo, de ti, y tu deseo de mí que derretía el calor. No sabía entonces que toda persona fuerte está dominada por alguien, o algo; ¿qué te dominaba, a qué amo servías? Ah, ¡cómo te admiraba!

“No tú, sin duda”, dijo una voz conocida, y cuando se pone seria me asusta. ¿Quién? Nadie, ella misma... el poder tal vez. Lady Macbeth sin brujas y sin marido, pero el *unsex me now* estaba escrito en su rostro. La desconocí. ¿A quién amaba yo, a esa?



Yo me replegaba en el goce del pensar... releía a Heráclito y Demócrito y *El Banquete*. Sabía que lo sublime es lo que nos emociona por su magnitud y energía superior a las facultades humanas; la Naturaleza, el cosmos, la grandeza y profundidad de pensamiento... te pensaba como un ser sublime. Coincíamos entonces, aunque yo era irremisiblemente kierkegardiana, tú cartesiana, el sujeto de la certeza, con desvíos hacia el imperativo kantiano. Yo buscaba la parte sufriente de mi ser, la cuestión misteriosa de mi destino, es decir qué significa mi historia; la verdad que ponía en juego no es la verdad del conocimiento, sino esa verdad que está en una posición dialéctica con la ignorancia, en tanto se sitúa en la dimensión del ser. Me entusiasmaban Espinosa, Leibniz, amaba al gran danés: el temblor, la angustia, la sospecha nietzscheana, el Marx temprano, y la primera página de *El Capital*.

Me incita el deseo, y lo buscaba en sus curvaturas. Y me repensaba una y otra vez. Yo tendía a lo disgregador, a disolver las identidades del yo, aceptaba el oxímoron del caos. Lo que me angustiaba era desenmascarar las marionetas del poder para intentar reintegrar la dimensión del deseo. Te perturbaba mi identidad confusa; ni siquiera por ti podía cambiarla. Yo insistía en la diferencia y me sentía transversal, siempre creí que el sentido era un tonel en fuga. Amaba ante todo la libertad; entendía el amor como libertades compartidas, en complicidad. Huía de la prisión de las ideas estereotipadas. Eso nos unió al principio. ¿Cómo designar al amor cuando se esfuma? A veces me parecía que éramos dos incompatibles, otras que éramos Una. Mi mirada se convirtió en un llamado de socorro, y tus palabras intactas en su misterio discurrían sobre lo imposible.

Con el tiempo vi que buscabas la absolutización de las ideas y conceptos, con un toque nominalista. El todo, el juego político, el poder... tenías dos excesos: excluir la intuición, y no admitir más que la razón, la diosa razón, olvidando que los hechos humanos no están instalados en la plenitud de la razón, que hay un vacío alrededor... lo que es podría ser distinto. Ante ese dique inamovible, me lancé con pasión hacia la utopía, me

ardía la sangre del anarquismo: La Idea, decían ellos. Nada de certezas, todo exotopía, nomadismo rizomático, y alguna vez te definí mi filosofía como barroco caribe... reíste... Entonces me amabas y me preguntabas besándome, “¿dime cómo eres?”. Yo sonreía e intentaba en vano describirme. “Ya lo sabes. Me muevo en la dirección de lo informe, de lo incompleto, soy móvil, andariega, impaciente, impetuosa, inquieta pero constante, impulsiva pero razonadora, ex-céntrica, heterológica, me rehago continuamente, tiendo a no ser dogmática ni defensiva. ¿Independiente? Sí, de pensamiento, ¿y de sentimientos? No sé, no sé... ¿Se es independiente en el amor? Pregunta de sibila, tan grave como la de Edipo, porque no me sacaría los ojos, *me arrancaría el corazón...* “Eso suena al poema de Julio Flórez”, dijo una voz irónica que se cuele y se agota. Tú me mirabas con extrañeza, luego con ira.

## 5.

Como en todo oigo voces, comencé a repensarme para ti. Puesto que todas estas cosas penden de un cabello, apuesto por lo variado y políglota; creo que nada se decide en una palabra, una elipsis, una modalidad verbal, un condicional, un tema, si no en el pensamiento de la contingencia, de la singularidad, del acontecimiento, del encuentro, de la suerte y la *tykhé*, la fortuna, la buena aventura. Irreductiblemente plural, a veces enigmática. Tenía, escondido a tus ojos, un espíritu contemplativo, y el ansia de cambiar el mundo, ambos extremos oscilan mi estar en el mundo. Reconozco que a veces cometo excesos en mi búsqueda de tu amor. Tú al principio besándome me llamabas trasto, y me resistía a que mataras al trasto, ¿con qué me quedaría? Ahora, contigo, siento una inestabilidad en mi propio centro, un nudo paradójico que me ahoga. Contigo me creía el agujero alrededor del cual el alfarero hace su vaso. Advertía que mi amor tenía un destino accidental. Me percibía como un punto de encrucijada de hibrideces desafortunadas, llena de contradicciones y de deseo.

**Escriba (voz en off):** Disonancia, los espejos de Velázquez... el amor transita por el mundo auto referencial del barroco... en fuga... en contrastes.

Pero es necesario dar un salto atrás, y volvamos al mar: por el mar nos viene todo. Las islas huyen del mar; el mar invita a un juego de levitación, pero los isleños sabemos que los marinos saquean las islas y las ciudades de la costa. He dicho que modifica la mirada.

Velázquez y las Meninas. El autor es también ficción, se introduce en la ficción, y se transforma en personaje. Yo comencé a creer que el amor era la mayor de las ficciones, una cultura de las lágrimas, caja de Pandora de asociaciones. Sin tiempo, no existe la cronología lineal; el tiempo es individual. Cada personaje es su propio tiempo; el tiempo se reflejó en el espejo...



Comencé a temer esa danza macabra de tus palabras, de sentidos, de puntuación que terminaron con el tiempo en un lacónico silencio, donde nada se mueve. Y bajé a los infiernos. Aquellas llamas no despedían luz alguna; pero las tinieblas visibles servían tan solo para descubrir cuadros de horror, regiones de pesares, oscuridad dolorosa, en donde la paz y el reposo no pueden habitar jamás, en donde ni siquiera penetra la esperanza. Yo recorría los 9 círculos del infierno dantesco: el limbo, los lujuriosos —*Semíramis, Cleopatra*—, no estaba Safo, la gran amante, y todavía no había pecado Gaspara Stampa... Seguían los glotones, los avaros, los incrédulos y heresiarcas, los violentos, fraudulentos, y los traidores. ¿Y Juana de Asbaje, estaría con los blasfemos... los osados del saber, los intrépidos del pensamiento? ¿Dónde estaba el silencio? No, estaba en el

limbo. O ¿era acaso el fondo más oscuro del infierno? Yo padecía y tú gozabas con el juego malabarístico del lenguaje.

Sí, recordé a Nietzsche, ¿qué es la verdad? Ilusiones de las que se ha olvidado que lo son. Y cada metáfora crispada era una bofetada, eso recibía yo. El “¿qué me quieres?”, regresaba a mí, como algo del orden de lo oracular, para poder encontrar el camino de mi propio deseo. Pero recibía el horrible frío del silencio... Pensé en Frost: *Some say the world will end in fire, Some say in ice. From what I've tasted of desire / I hold with those who favor fire. / But if it had to perish twice, / think I know enough of hate / To know that for destruction ice / Is also great / And would suffice.*

## 6.

Comencé a vivir entre-dos-muertes, ante el muro del lenguaje: contradicción, opuestos que parecen homónimos. Escribo esto con anacolutos y oximorones. Tú creías que la palabra es exacta al objeto. No, por suerte. Pero había algo de carismático; la verdad es más creíble que la mentira, o puede intentarse que la mentira sea más creíble que la verdad. ¿Qué erosiona más el núcleo de nuestro ser? Yo estaba marcada por Freud y el sujeto... el del inconsciente ¿cómo surge? Por palabras, claro: el chiste, el lapsus. Yo, optimista de la voluntad, y pesimista de la inteligencia, creía que todo provenía de ese lugar que no tiene lugar. Y arrastrada por la euforia, me vi caer en el pesimismo. *Todo es verdad, menos el odio*, escribió Cernuda. Odio/amor, ¿se puede subvertir esa pareja infernal? ¿Se eligen a los enemigos como a los amigos?, inquieta llamé a Ceci.

“Sí Ceci, yo era pendeja, pendeja.” “No nos amamos demasiado, amamos mal; amamos como para alcanzar una catástrofe”, continué. Ella soltó su risa argentina. Solo me escuchó. No dijo nada. Pero no he hablado mucho de Cecilia... la primera vez que la vi, bajando unas escaleras el mismo día que yo; nos miramos a los ojos, y supe que seríamos amigas, y con toda seguridad mi única confidente.

Trabajaba como consultora para Naciones Unidas cuando la conocí en México, y luego, por suerte, la trasladaron a Nueva York. Solíamos hablar mucho por teléfono, por las mañanas... ella apurando su café... yo mis entusiasmos. Sí, tenía razón, la amistad acaba a menudo en amor, pero el amor no termina nunca en amistad. Esa mañana le explicaba la escritura... ese colectivo ensamblado de enunciación, delirio, un conjuro que escapa al sistema dominante. ¿Escaleras o círculos? De pronto vi la parte oculta que cortaba ese gran silencio. Me asusté: era la Muerte.



Retomé mi soliloquio matutino: “¡Te lo juro! Estoy fascinada”. Le explicaba con lujo de detalles mis ensoñaciones, mis lecturas, mis ideas. Ceci tenía la risa franca, abierta, y ojos de diosa: Hera, la de los grandes ojos. Sabía escuchar en los intersticios del lenguaje, en sus intervalos.

## 7.

Inmóvil, me quedaba inmóvil. Yo hubiera llenado de besos a Alex si hubiese aceptado mi perdón. Pero, salió de la habitación —la nuestra, con un Tamayo que había comprado para mí, y los libros cayéndose de la estantería— salió, digo, y no me miró. Unos minutos más tarde, me puse el abrigo, cogí mi portafolio y me fui al museo. Por la calle añoré su sonrisa giocondina... un si es que no... el *che vuoi?* También descubrí después

que el *che vuoi?* escondía entre los pliegues del enigma, una certeza: ¿qué quieres tú que yo no quiera? *La lune... je veux la lune...* A mí me inundaban las preguntas, los enigmas, ante la verdad de la certeza. “¿*Che vuoi?*” Y no me daba cuenta que me dirigía a ti en términos de esclava que debe someterse a quien le invoca, su amo: Tú. Esclava, *víctima*, en latín sacrificio. Alguna vez pensé en el malentendido. Otra, ibas siendo otra, y yo instintivamente me escondía. Tuve miedo, miedo del exceso y de su estrago. Me perturbaban las palabras: rencor, de *rancidus*, “rancio, que huele mal por añejo”, y encono; rencor arraigado en el ánimo. Y sentí congoja...

Tu mirada venía de todas partes: de un murmullo de ramas, el sonido de pasos seguidos por el silencio, la leve apertura de una persiana, o el ligero movimiento de una cortina. Te sentí omnipotente, como el mundo, que me mira desde todas partes.

¿Quién dijo eso?

¿Tú?

Yo: Yo no...

Yo: Pues... pues se me escapó la página en blanco.

Como la pizarra mágica, lo escrito desaparece cada vez que se interrumpe el contacto íntimo entre el papel que recibe el estímulo y la tablilla de cera que conserva la impresión. Hablo de ti y de mí. Sí, se me quedó en blanco.

## 8.

Vuelvo atrás una vez más para reconstruir el tiempo; los tiempos lógicos de mi amor. Entre ese instante del ver en el que algo siempre es elidido, hasta perdido, de la intuición misma, y ese momento elusivo en el que, precisamente, siempre se trata de una recuperación engañosa. El instante de ver en aquella escalera mexicana, el momento de comprender que te amaba, que era tuya, y el tiempo de concluir cuando el estrago mató nuestro amor. Me quedé hipnotizada, y movimos cielo y tierra para estar juntas, el lugar fue Nueva York. Yo encontré, no sin dificultad, un puesto en el Museo de Arqueología, Alex seguía escribiendo su libro, y en la editorial... con el tiempo vi que era el libro que no cesa de escribirse. Yo, entre vasijas rotas y restos me aferé a la misión de descubrir y de traducir lo que Rimbaud llamó la verdadera vida ausente. Sentí que mi vida era un fragmento de tiempo recobrado del olvido. Alex me había rescatado para amarnos. *¿Serás amor un largo adiós que no se acaba?* Me di cuenta, juntas, que nuestro amor era pérdida; el enigma del amor muerto. Entonces no lo sabía, pero volaba el albatros... *For all averr'd, I had kill'd the bird, That made the breeze to blow.*

Nuestro mundo al principio era amplio y luminoso. Amigos... muchos, de Alex, míos... los compartíamos con entusiasmo. Pero Fredi, Fredín era mi alma gemela desde niños... nuestras madres quería casarnos... vano empeño... Lo reencontré en el museo cuando fui a Nueva York, vivía allí hacía años y lo veía a menudo... poco a poco a veces... solo a veces. Al principio, Alex se enfurruñaba. No le gustaban sus esoterismos, que a mí —caribe barroca al fin—, me encantaban. En su casa conocí a Julia, una vidente de Loíza Aldea que me decía sonriendo que yo tenía “duende”. Otras veces veía a Ceci, salíamos muchas veces, las que ella podía escapar y darse un salto para charlar de lo humano y lo divino... Le conté que los amigos, sobre todo Fredín, nos llamaban Batman y Robin a



Alex y a mí; yo me reía a carcajadas con la imagen. Se lo conté muerta de risa, Alex comenzó a rechazar a mi amigo.

Solíamos dar cenas, fiestas, donde se hablaba ante todo de temas políticos, de libros, cine, arte. Un día de esos de silencio, al principio, cuando todavía no sabía qué significaba aquel silencio, llegaron intempestivamente Frank y Julio. Me quedé boquiabierta. Tú estabas en tu acostumbrado silencio cargado, con la puerta de la habitación cerrada, los oíste sin duda, y saliste como si nada ocurriera, sonriente, amable. Yo no daba crédito. Frank tomó la palabra, era un experto en el militarismo latinoamericano, yo pensaba en Sísifo. Julio hacía un despliegue de su inteligencia, con sus abusos de lenguaje, y sus saltos cósmicos. Alex reía, discutía, se entusiasmaba, se hacía caja de resonancia de todos los puntos de vista posible. Yo callaba. Comenzaron las discusiones políticas; Alex y Frank justificaban a los estalinistas; era la época en que todos fuimos maoístas... Me vinieron como un relámpago Solzhenitsyn y el *Gulag*.

Los tres comenzaron a llamarme benjaminiana, althusseriana, desviacionista. Yo pensaba que las utopías siempre fallan. Otra vez Freud: lo leía a menudo y estaba leyendo la carta sobre la guerra a Einstein. Y callé. Alex me miraba como enojada, porque yo no decía ni palabra... solo aprendí a callar, que no es ni mudez, y menos aún silencio.

A la una de la mañana, se levantaron para irse. Frank se me acercó, y me dijo al oído: “Tienes un andrógino. Debes sentirte orgullosa, pocos conocen ese misterio”. No dije nada, solo lo miré con el rostro lleno de preguntas. Ya solas, Alex sonreía, vino hacia mí lentamente, y me dio un beso. Me sentí como Hölderlin en tierra extraña, y casi había perdido mi propia lengua.

**Alguien:** ¿Tu lengua?

**Otro intruso:** Sí, es que es a la vez una institución social y un sistema de valores. Además de ser un sistema de relaciones que marca una diferencia, una distinción en el interior de un sistema de oposiciones y contrastes.

**Yo:** Pero, la lengua, el sexo, la muerte, nombran el mismo exilio.

**Voz irónica con tono guasón me soltó:** Se te hace la boca chiquitita, y no dices ni pío. (Me reí con el argot.)

**Voz desconocida:** Sí, nombran la misma imposibilidad de establecer una relación permanente, natural, si prefieres, con la vida.

**Yo:** Creo que Alicia sentía la ausencia de su amor, y no lo había puesto en palabras.

## 9.

Cuando se fueron sus amigos, vino sonriente, el acento musical adornaba sus palabras y me tomó de la mano. Nos perdimos en el laberinto, y salió el Meninotauro, aquel ser sanguinario y descarnado, ávido de una presa. Se alimentaba de carne humana y vivía en un palacio, el Laberinto que Minos mandó construir a Dédalo para tenerlo allí encerrado. Nuestro lecho se convertía a veces en el hogar del Meninotauro. Entré en el laberinto, y no llevaba el ovillo de hilo. Pasándome un brazo por la cintura, deslizó la otra mano por entre mis piernas y exploró las partes púdicas hasta que localizó el altar de Venus. Yo me retorció bajo el ardor de las caricias. “Si fuera el padre Severino —me dijo al oído con una voz desconocida— el padre Clemente y tú *Justine*, agitaría airosamente un látigo, y te cruzaría tres veces las nalgas. Te retorcerías si agitara un látigo, mientras tú te gozarías bajo el ardor de los golpes. Los bordes cortantes del cuero rebanarían sin piedad toda tu carne, dejando brillantes líneas de sangre, y el dolor sería tan fuerte que le gritarías de goce... Mi furia vesánica no dejaría ninguna parte de tu cuerpo a salvo. Y brillantes, rojos arroyuelos te correrían por la espalda, desde los hombros hasta las nalgas, y rodearían tus muslos como finas culebrillas de color carmesí.” Me miraba fijamente mientras hablaba.

Más excitada aún por sus palabras, me chupaba la boca, me mordía los labios y me golpeaba. Yo sentía con sus palabras una poderosa angustia. “Y entonces —continuó diciéndome mientras me besaba— te mordería los labios ferozmente.” El dolor era tan fuerte que mi grito la despertó de un sueño, cambió el tono. “Si te

adoro, tonta, más que boba. Representábamos a Sade para jugar”. La miré aterrada, y cambió el rostro, ahora lleno de ternura. “Te quiero, te quiero, eres mía, mía, mi muchachita.” El placer fue mayor por lo que sufrí en sus brazos. El final se repetía. Dormíamos abrazadas como si cada una fuera el salvavidas de la otra... *tu sed me ahoga, expulsando, tiránica aquello que no cede a tu espalda frenética. / Ya solo tú me habitas, tú, sin nombre, furiosa substancia, / avidez subterránea, delirante.* Me horrorizó lo abyecto, le veía su silueta a lo lejos. Temí su movimiento hacia delante. ¿Cómo llegamos al silencio y a la muerte? La muerte proclamaba cada vez el final del mundo en su totalidad única, por tanto irremplazable y por tanto infinita. Como si la repetición del final de un todo infinito siguiera siendo todavía posible. Tu silencio, como la muerte, era cada vez único.

De pronto sentí miedo. Y lo descubrí en mis ojos, y entonces eras solícita, tierna, durante días y días, volvíamos a amarnos locamente. Nunca le dije nada a Ceci ni a Fredín, sentía vergüenza de mi debilidad y mi desca-ro. Y me sentía más sola. *Oh soledad de mar... mar solo... ¿Cómo me desahogaba?, ¿desahogarse, desfogarse... del goce? Calisto y Melibea, casi, si hubieran sentido el paso del tiempo: “Calisto y Melibea se casaron...”*

## 10.

Mi vida con Alex era como una delgada línea roja entre lo real y lo imaginario. Comencé a pensar que ella —tan voraz conmigo— se sentía eso: un cadáver que no se da por enterada de su propia muerte. Poco a poco todo se iba convirtiendo en un infierno amusical. Sin música el silencio pesaba aún más. Pero en vano intentaba mantener vivo aquello del amor, aunque ya iba aceptando que todo era una mentira. ¿De quién? Recordé el pasado, cuando llegabas, yo sentía la llave abrir la puerta, soltabas el portafolio, el bolso, y venías a besarme, entre risa y beso me contabas todos los detalles del día. Reíamos mucho; venías llena de ideas que compartíamos durante horas. Te gustaba el trabajo, tenías una mirada crítica, una ironía a la inglesa, y un gran proyecto, un ensayo sobre la Escuela de *Annales* y su relación con la nueva filosofía francesa. Yo te escuchaba, y mi cuerpo era una enorme pregunta, con ojos de espera. *Siempre nos quedará París... Tócala otra vez, Sam...*

Políglotas al fin, nos producía un gran placer cómplice el cambio de una lengua a otra, nuestras conversaciones eran una Babel, nos fascinaba el *understatement* inglés, que salpicábamos de frases transversales. Jugábamos con el lenguaje, quizá por estar ambas en exilio de nuestra cultura, de nuestra lengua, de los parajes amados. Saltábamos del inglés, al italiano, al francés, y la conversación estallaba de giros coloquiales de aquí y de allá, los que fuimos recogiendo.

El malabarismo de palabras nos hacía comprender las huellas *de lalengua* en el lenguaje. Compartíamos las incertidumbres de eso que amábamos tanto... el arte del lenguaje. Intenté embromarla con aquellos juegos de lenguaje que antes amaba: “...y una señora que va toda enojada, como la Cucarachita Martina, ¿la conoces?” “Y, ¿esa quién es? No seas tan limitada, tal local, no te encierres en tu dialecto. Nadie te entenderá. Habla siempre con corrección...” La miré y callé. Me dejó desconcertada, pero luego vino sonriente y me dio un beso: “Te embromo, amor mío. Cuéntame más cosas”. Y me besó tiernamente, como ida.

Al amor le gusta esconderse, dice Heráclito...

Sí yo amaba *lalengua*. La cultura, ese amado sistema simbólico, nos proporcionaba —creía yo— un contexto de descripción para acciones particulares: los gestos, las actitudes... se entendían... todo era legible. Todo era gozo, placer, sonrisas, amor, caricias. Noté el cambio cuando entrabas y no me buscabas ansiosa, anhelante, para contarme cosas, echadas las dos sobre la cama. Un día... de un ayer que es hoy y será mañana, suplantaste los besos por un “hola, estoy cansada”, y nada más.

Te ibas a la habitación, te encerrabas, y escuchabas las cantatas de Bach... otras a la Callas, a Mozart. Desde mi estudio recordaba cuando escuchábamos a Violeta Parra, *Gracias a la vida... o* Toña la Negra o Gardel; Chavela Vargas con La Macorina y *Volverse* enredaban con tus besos, era como si volvieras a mí, ¿de dónde? Ahora todo era silencio, y alguna vez lo rompías con un concierto para piano de Mozart, interpretado por Vladimir Ashkenazy. Entonces sabía que tenías nostalgia, nostalgia tuya que no compartías. Comenzó a

imponerse el silencio, se fue instalando como un huésped indeseado, ese silencio que ya no se fue nunca más... Todo fue entonces distinto: *Who is the third?*... era el silencio.

## 11.

Asustada llamé a Fredín. “Hola... sí, lo has notado... estoy consternada Fredín... Julia me dijo que tuviera cuidado... que ella era mi cuchillo”. “¿Qué te lo dijo Julia” —respondió—. “Virgen Santísima, qué cruz... Y tú ten cuidado, pero no hagas mucho caso, eso sería en otras vidas.” Me tuve que reír... “Ya sabes que en el mundo de las videntes no existe el tiempo, me dijo con voz más seria.” “Cierto, dije. Bueno, besitos.” Me sentí angustiada, la memoria del tiempo me evitó la angustia, pero quedó el enigma. Julia no se equivocó —lo supe después—, yo tenía que traducir sus metáforas. Me advertía de esa mortal tendencia del ser humano a la repetición. Sí, mi madre, que no sabía amar. Me sentí mejor con la epifanía; sentí sosiego: *aletheia* y sosiego. Todo seguía igual... yo analizaba caras, imágenes... volvía a casa, y Alex leía. “¿Cómo te fue?” “Bien. Bien”. El tonillo ya me hizo ponerme en guardia. Seguí con mi sonrisa cálida. “Si ya pareces un fósil viviente”, dijo. La miré. No respondí, sentí adentro el mordisco del insulto, un veredicto. Allí empecé a perder mi sonrisa... quería no sentir nada, pero sentía. Prudencia o locura, mi corazón latía agitadamente cuando la miraba. Deseaba con todo mi ser amar, volver a amarnos: *Amar, amar, y no pensar en nada...*

¿Es un pecado la incontinencia verbal? Es gula del lenguaje, lo desmedido, la desmesura; el goce de esgrimir la lengua afilada contra el otro. Me sentí de pronto como “otro” que se transformaba en objeto... el mensaje no fue recibido como un pipopo, sino como una maldición. No fue el último. Comprendí luego lo que sucede entre sujetos deseantes, esos largos abrazos del amor llevan al amor-odio. Me senté en mi mesa de trabajo, atiborrada de libros, papeles y fotografías. Cayó como una lluvia torrencial, huracanada, mi silencio, que huía de las flechas y los dardos de sus palabras.

No dije nada, *res*, nada, pero escuché el ruido de cacerolas y platos en la cocina. Continué en mi mutismo; ¿cómo explicarte que sin ti no tenía existencia? Allí empecé el camino por el largo túnel de la tristeza. Y de pronto: “Ven, cenemos”. Alex estaba tranquila, como un paisaje renacentista, yo me sentía introducida en un cuadro de El Bosco, me encontraba en medio de un paisaje desangrado y moribundo. No digo más. Pero esboqué una sonrisa, aunque cenamos en silencio. Me levanté de la mesa, y busqué un disco de María Callas... su voz hizo reverberar el sortilegio del arte. *Si la voz se sintiera con los ojos... ay, cómo te vería...*



Leer me aislaba de tu temible mirada; el gesto, tu movimiento de mano, aquella mirada estática, y discretamente buscaba un libro, y me sentaba en mi mesa de trabajo, aislada. Este caos de luz sombra anunciaba la catástrofe. Tenía sed de otra cosa, y evocé otra presencia formada de dulzura. Volvía al mar, *El contemplado*... el mar caribe, lleno de culturas y de lenguas, simiente de civilizaciones, poblado de archipiélagos y continentes. *Finis terrae*... Un mar nos separaba... paralelamente a ti un vendaval aparece y avanza... Lo esperaba. Me refugié en los azules de mi mar y en raudal tumultuoso de las letras. Sí, al ver tu gesto, me sentía en tierra extraña, y quería volver a la tierra, y ser vasija, párpado, forma de la arcilla en el barro trémulo.

Me acostumbré al silencio; lo reconocía, breve o glacial, lo esperaba y temía. Vivía bajo el imperativo del silencio. El silencio adquiriría su pleno valor en tanto silencio: no era simplemente negativo, sino que valía como más allá de la palabra. Era la denegación de la palabra, al borde del cual se desplegaba todo el drama,

el del lugar donde no está permitido hablar. Era un silencio de rigor porque la voz hubiera sacado las diosas vengadoras, las que no perdonan. Era como el silencio eterno de los espacios infinitos, que causaba espanto a Pascal, las estrellas no hablan, los planetas son mudos porque se los ha hecho callar. La tierra gira, pero no notamos su movimiento, y entonces el cielo comienza a arder. Era un silencio tan prolongado que a veces me parecía una demanda de muerte. Y me encerré en el mutismo. Vuelvo atrás.

## 12.

Yo continuaba con mis piedras, la exquisitez del neolítico, los restos de cerámica pintada, las vasijas, la profusión de animales, figuras antropomorfas de monos, tortugas, cuerpos de mujer, campos de juego de pelota. Me encantaba contemplarlas, recordar las manos y los dedos que acariciaron las piedras, que fraguaron la cerámica. Pensaba en el arte. Creía firmemente que la obra subsistía al artista, no era muy esperanzador, pero recordé también el Homero troglodita de Borges. Yo veía en el arte la adivinación de las ruinas sobre un sacrificio en el que todos somos víctimas.

Tocando las piedras, acariciándolas sentí la extrañeza; ¿qué pensarían los europeos al encontrarse con personas distintas a las de nuestros días, de costumbres diferentes a las nuestras? Las piezas fueron creadas por los taínos. Se dice que llegaron de América del Sur, y de ahí cruzaron a las islas más pequeñas de las Antillas; y así, de isla en isla, llegaron a Puerto Rico, que llamaban *Boriquén*. Se los describe de mediana estatura, piel color de cobre, ojos parecidos a los orientales y cabello negro y lacio, que usaban echado hacia atrás. Andaban casi desnudos. Algunas mujeres usaban delantales de algodón que les cubrían de la cintura a la rodilla. Se adornaban con pendientes y collares hechos de caracoles, y acostumbraban a pintarse el cuerpo con vivos colores que obtenían de las plantas. Esta pintura les protegía, además, contra las picaduras de mosquitos y otros insectos que abundaban en la Isla.

En los libros de arqueología aparecían sus poblaciones, pequeñas aldeas o *yucayeques* separados entre sí por grandes distancias. Construían las casas de paredes de cañas y yaguas, atadas con bejucos, y techos de hojas de palmeras. En cada casa habitaban diez o quince personas, entre padre, madre, hijos y parientes. Dormían en hamacas tejidas con fibras de plantas. Como asiento usaban dujos, bancos de madera tallada en formas de animales. Además, fueron excelentes escultores que confeccionaron artefactos ceremoniales de gran expresión artística como los *duhos* o asientos ceremoniales, los ídolos o *cemíes*, los instrumentos para el ritual de la *cohoba* y los aros monolíticos. Si bien algo bajos de estatura, eran de cuerpos bien formados y piel color cobriza. Fueron gentes lampiñas, de cara ancha, con pómulos muy pronunciados, labios un poco gruesos y de muy buena dentadura.

Se les describe con el pelo negro, grueso y muy lacio, que se cortaban por encima de las cejas y también atrás, a diferencia de los *macorixes* y *ciguayos* quienes llevaban el pelo largo atándoselo atrás con una redecilla a la que insertaban plumas de “papagayos”, y cotorras. Siempre andaban desnudos, llevando solamente en sus brazos y piernas unas ligas o fajas de hilos de algodón, aunque algunas mujeres casadas utilizaban unas faldillas, tejidas también en algodón, denominadas *naguas*. La descripción se repetía una y otra vez.

Y yo tenía en mis manos, entre mis dedos, aquellos *cemíes* y rostros tallados. Eran rostros sin faz, que sobrevivían desafiantes a la muerte del cuerpo al que pertenecieron. Eran expresión de su experiencia de la dimensión sacra de la existencia. El creador queda invadido en un proceso de sublimación,



y sabe que hay una presencia de muerte en la palabra, como hay una presencia de muerte en el cuerpo. ... *Serás, amor, un largo adiós que no se acaba... hermana de la muerte, o muerte misma.*

Existe o no el deseo... se le detiene, se rodea, no se le hace visible, para no hacerlo vulnerable. Desperté de mi ensoñación y pensé en Alex. No quiero ser mirada como un ser de cristal, como si no estuviera hablando quería decirle. Pero su mirada me aterraba, como la Medusa. Comenzaba el destierro.

Escucho una voz de la letra: ¿Destierro? ¿Adónde?

### 13.

Silencio y mutismo. Debo pensar mi estar en el mundo. Hannah Arendt y la “libertad solipsista”, y “abandonada a ella misma”. La dignidad humana, mi dignidad humana, ¿dónde estaba en ese silencio de muerte? El frío destructor de la indiferencia, que sigue como una oscura y helada sombra a la pasión del odio ardiente. Recordé a Fausto, aquel buscador de placeres estéticos y sensuales, que se rinde ante Margarita; siempre el alma humana fluctuando entre el ideal inalcanzable y la realidad insatisfactoria. “...*Quiero huir y esconderme en las entrañas de la tierra. ¡Tierra ábrete! Mas no, no quiere acogermme. Estrellas que presidisteis mi nacimiento y por cuya influencia se me ha otorgado la muerte y el infierno, llevaos a Fausto, cual confusa bruma, al interior de vuestras laberínticas bocas, para que, una vez que me expeláis al aire, mis miembros se desprendan de vuestras humosas bocas para que así pueda mi alma elevarse a los cielos...*”

Tu silencio me volvía a mí. Recordaba cuando me preguntabas al oído, abrazada, fundida con mi cuerpo, “Dime, ¿cómo eres”. Te respondía con un beso: “nómada, sedentaria, transeúnte, vagabunda, andante, errante, andariega, en todas partes y en ninguna”. Y te miraba serena hablándote de mí, en mi monólogo, y sellabas cada palabra con un largo beso...



Vuelvo a mí. Dos pilares me sostenían, la lengua y los recuerdos de niñez... los primeros amores, el descubrimiento de la página, de la letra, del crepúsculo...

*las ascuas de un crepúsculo morado...* de la muerte de Dios en este silencio... El Gran Inquisidor... No tardaré en volver a alguna parte, nadie lo sabe. ¿Dónde? Sin duda al punto extremo de lo posible. Me decías una y otra vez que el secreto de la existencia consiste en la razón, el motivo de la vida. Yo creía que si no acertase a explicarme por qué debo vivir, preferiría morir a continuar esta existencia sin objeto conocido. ¿De qué sirve conocer la verdad? Al quitar diques a la libertad, se introduce en el alma humana nuevos elementos de dolor. La verdad... la verdad... la que solo se dice a medias descansa sobre la crueldad, la codicia, la insaciabilidad, el asesinato, en la indiferencia de su ignorancia y, por así decirlo, pendiente en sus sueños del lomo de un tigre! Nietzsche desmontó la verdad... ilusiones que había olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado, y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal.

Sí, Nietzsche me puso en pie de guerra. Sin saber todavía de dónde procede el impulso hacia la verdad, hasta ahora solamente habíamos prestado atención al compromiso que la sociedad establece para existir: ser veraz, es decir, utilizar las metáforas aceptadas; dicho en términos morales, sentir el compromiso de mentir de acuerdo con una convención firme, mentir a tontas y locas, de acuerdo con un estilo aceptado por todos. Yo me resistía. La sospecha... Sí, quería seguir el camino de la verdad; la verdad como efecto del lenguaje y el rechazo a la crueldad como posición ética. Con un hacha perfecta entre los dedos, pensé en la mutación misma de la crueldad —o al menos las figuras históricas nuevas de una crueldad sin tiempo. ¿Acaso el amo

tiene un sexo? En el sentido de que posea uno, lo usaría a su antojo. Antes sería esclavo de él. ¿Y qué sexo? La pregunta me perturbaba. Estaba convencida de que la verdad no es algo que se encuentra, sino algo que se construye mediante el lenguaje. Nada, la hueste de metáforas. ¿Sería el amor una mentira?, ¿ese largo adiós que no se acaba?

El amor mutila la realidad, y recordé a la *Odette* de Proust. El amor, como la verdad, es subjetividad, así lo creía Kierkegaard. Me preocupa el sexo —no de los ángeles—, sino del amo. ¿Sería amo Alex?: cuando ella enmudecía, yo temblaba de miedo. Lo de ser esclava me dejó triste.

**Nietzsche:** Mantener la embriaguez del enigma y el amor al crepúsculo.

**Voz incierta:** Hacia el final de la tercera parte, en el capítulo «Del gran anhelo», Zarathustra ha enseñado a su alma que el eterno retorno no suprime la libertad; por el contrario, la libera de todo límite, hasta incluso de la aparente inmutabilidad del pasado: es alma creadora que realiza su ser libre identificándose e insertándose en el juego de la creación universal.

**Voz dudosa:** Esta actitud de integración en la totalidad resume toda su filosofía **amor fati**: querer es querer la vida eternamente, pero en su mismidad y autenticidad: es el destino, la vida querida, deseada, aceptada y asumida tal como se ha presentado y se sigue presentando en cada cual; es la vida producto de un juego cósmico que se nos aparece como necesidad y destino. Es el juego de dados o azar divino de la vida.

**Escriba:** ¿Y esto? *Un golpe de dados no abolirá el azar.*

**Poeta:** la tierra es un dado roído y ya redondo a fuerza de rodar...

**Voz en prosa:** Los dados de Eros, tal vez...

**Voz pensante:** Sócrates supo formular la pregunta por la verdad situándola en una relación paradójica con el mundo interior; ¿se puede considerar a Sócrates como el maestro supremo del acceso ético al interior de uno mismo? En la ironía nos quedamos perplejos, y dirigimos la búsqueda de la verdad dentro, no a los dados, que están fuera...

**Voz dubitativa:** ¿Alcanzaré la ironía?

**Voz lírica:** *Náufrago, he de partir al fin.*

**Voz irónica:** Eres como Platón, hablas y no me queda más remedio que ser Sócrates quien escribe.

#### 14.

*Sócrates y el dialogar.* Dice no saber nada de nada, acaso la *agalma* que escondía el '*sileno*' y que Alcibiades quería poseer a toda costa, sea ese objeto precioso el que deseamos para ser amados. Se trata, en realidad, del *saber asegurado*, esto es, del *saber* que puede dar cuenta de sus razones: aquel que se asegura *dialécticamente*, a través del *diálogo*. Un diálogo que, por oposición al promovido por los sofistas, no apunta a *persuadir* al interlocutor con bellas palabras y argumentos, desentendiéndose de la búsqueda de la verdad. Se trata por el contrario de un diálogo que busca *asegurar la verdad* sustentándose en el empleo lógico y consistente del lenguaje, del *significante*, me dice Lacan.

**Voz casi inaudible:** Asegurar la verdad... sabiendo que se dice siempre a medias.

Pero no sabía que había algo aún más profundo en la búsqueda de la verdad. Me quedé recordando y pinchando los amores de mi vida: mi hermano y nuestro mito. Me adhiero a este punto, y al profundo amor de los hermanos: *Electra*, *Antígona*... el hermano y la ley del linaje. Sospeché que si le hubiera dicho algo a Alex sobre ese gran amor se habría confundido; era el amor de los que comparten *una misma historia y los infinitos dolores*... Me quedé callada. Nunca le dije nada.